

Max Weber en la Argentina

Por ALFREDO POVIÑA,

Presidente del Instituto Internacional de Sociología. Profesor Titular de Sociología de la Universidad Nacional de Córdoba. Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*.

El dos de abril de mil novecientos sesenta y cuatro, el mundo sociológico celebró el centenario del nacimiento de la extraordinaria figura que fue Max Weber; y con ese motivo Alemania recordaba el acontecimiento por medio de un Congreso de Sociología realizado en Heildelberg, por intermedio de la Deutsche Gessellschaft für Soziologie.

También el continente latino americano sociológico, se dispone a rendir homenaje a Max Weber, y lo hace por obra de la *Revista Mexicana de Sociología*, mediante la colaboración especial, sobre los distintos aspectos de su obra, por numerosos investigadores.

El presente trabajo es una colaboración argentina, y de un modo más particular, del Instituto de Sociología de la Universidad Nacional de Córdoba. Tiene por objeto recordar dos antecedentes vinculados sistemática y técnicamente a la obra sociológica de Max Weber, los que estimamos pueden ser —aunque no lo aseguramos— los primeros existentes en nuestro país, que muestran una preocupación muy particular al respecto, y que hoy queremos destacar como homenaje y adhesión a la celebración del acontecimiento.

Raúl A. Orgaz, profesor de Sociología en Córdoba, ha sido el primer sociólogo argentino que, de un modo sistemático y orgánico, se ha ocupado de la figura de Max Weber. Lo hizo muchas veces desde su cátedra al exponer sus lecciones sobre las doctrinas contemporáneas y al estudiar el problema del método. También buscó dar una exposición más accesible y popular, al publicar un trabajo sobre “La obra de Max Weber”, en el diario La Prensa de Buenos Aires, el 7 de junio de 1931.

En este estudio parte Orgaz de la ubicación “del profesor y político”, falle-

cido, dice, hace diez años, en la corriente científica *stricto sensu*, en la que sus representantes participan de la desconfianza que Guillermo Dilthey experimentaba respecto de la fantasmática sociología de los primeros tiempos.

Tras la fama que le vino por sus investigaciones sobre economía y religión, su doctrina, en su conjunto, sin dejar de caracterizarse como una “sociología comprensiva”, podría también ser singularizada como una “sociología concreta”, pues lo interesante para Max Weber, es lo real e inmediato del acontecer colectivo, en sus varias manifestaciones.

Esa ansia de objetividad aparece en su definición de sociología, en su concepción de las varias sociologías especiales y en su metodología del tipo ideal, demostrando que para esclarecer la posición teórica de Max Weber, nada mejor que aludir a sus célebres estudios sobre el capitalismo y la ética del protestantismo, que nosotros agregamos, recién fueron traducidos al castellano en 1955.

Además de precisar con claridad las notas esenciales del tipo ideal, Orgaz destaca la doble vertiente que Max Weber descubre en la sociología. Así expresa que aunque la sociología comprensiva inquiera el significado o sentido del acontecer social, no se contenta con descubrir o revelar el motivo o los motivos de éste. El aspecto interno de los fenómenos no resulta, en consecuencia, suficiente; también los factores externos han de ser interrogados. La sociología busca las “conexiones causales que poseen en sí un sentido explicativo”; por donde “lo intencional” es lo decisivo en la investigación sociológica. Con todo, lo no intencional, lo mecánico, no puede ser eliminado de la investigación, cuando funciona como condicionante de la acción significativa.

Como juicio crítico, severo y riguroso, Orgaz afirma que se percibe cierto carácter fragmentario e hipotético, cierta timidez conceptual que sienta muy bien a la ciencia, pero que decepciona un poco a los místicos del cientificismo. Ese carácter resalta en la reducción de las “leyes sociales” a meras regularidades o probabilidades típicas, y en la curiosa creación de una categoría nueva: el “tipo ideal”, intermedia entre la estricta generalización —área de las ciencias naturales— y la monda individualidad, coto de la historia.

Agreguemos, para completar la referencia, que este trabajo de Orgaz, aparecido en La Prensa —y que por tanto es muy difícil consultar en su texto original—, fue incluido por su autor en el libro *La Ciencia Social Contemporánea*, publicado en Buenos Aires en 1932, obra que está totalmente agotado. Después de la muerte de Orgaz, ocurrida en el año 1932, se publicaron sus *Obras Completas*, y este estudio aparece incluido en el volumen tercero, aparecido en el año 1960, con el título de “Ensayos Históricos y Filosóficos”.

El segundo antecedente argentino que tenemos el honor de mencionar es nuestro estudio que, con el título de “La Metodología Sociológica de Max Weber” fue el objeto de una conferencia pronunciada en el Instituto de Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, el 11 de agosto de 1941. Se publicó en la revista de la Universidad, en los números 7-8 del mismo año.

Han pasado ya bastantes años, y está próximo a cumplir sus bodas de plata. Y hoy decimos, como “decíamos ayer...”

*

Es un postulado fundamental del devenir intelectual que la reflexión viene después de la acción, que la práctica precede a la teoría, y que el conocimiento se cumple antes que el método se haya adecuado a su propio objeto.

Sobre la base del principio aristotélico de que lo espontáneo precede a lo reflexivo, puede afirmarse que reflexionando sobre la vida social, el hombre se ha hecho sociólogo. De este modo, ha nacido esta investigación como una necesidad intelectual, resultante de la aplicación de la curiosidad natural, que es madre de la ciencia, como decía Juan Bautista Vico, al medio ambiente social que, formando parte de su propia vida, era urgente conocer. Aparece así la sociología que venía retrasada a tal punto que hasta su mismo nombre tiene escasamente algo más de cien años de vida. Antes de su nacimiento por obra de Comte, su padre espiritual, había una cierta inconsciencia sociológica que se va desvaneciendo poco a poco. Se pensaba en nombre de la ciencia exacta; pero no se pensaba que esa ciencia exacta ni era tan exacta, ni que su principal propósito era emplear métodos de investigaciones, que modestamente aspiraban a comprender los hechos particulares, que ya era un modo de dominarlos.

Aun después de constituida la ciencia se tropezó con el curioso inconveniente de que se hacía sociología sin saber cómo se la hacía; es decir, que faltaba una reflexión consciente sobre el método. Teníamos muchos sistemas de sociología, tantos como pensadores, pero había muy pocos antecedentes sobre el método, que decía ser la base común de todos ellos. La historia del método resultaba breve.

El primer capítulo fue escrito por Comte, que se preocupó expresamente del problema. Buscó para la sociología un procedimiento exclusivo. Fue el método histórico. Consistía en establecer series crecientes y decrecientes de los principales fenómenos sociales. La iniciativa fue buena, pero la solución no dio resultado.

Su continuador fue Emilio Durkheim, al trabajar sobre “Las reglas del método sociológico”. Estableció el principio, que como precaución inte-

lectual es aún hoy válido, de que los hechos sociales deben ser considerados como si fueran cosas. Podría ser considerado el Descartes de la sociología.

Hay algunos otros nombres, tales como Le Play o Bureau, pero todos están dentro de la misma problemática histórica. Después han aparecido algunas orientaciones, que marcan nuevos rumbos y señalan renovadas posibilidades.

Actualmente la cuestión metodológica parece plantearse como un dilema, que dentro de sus antagonismos, muestra el equilibrio fructífero de las doctrinas contemporánea.

Si la sociología es una ciencia natural, el núcleo de la investigación se asienta en la obra impercedera de Durkheim. Si es una disciplina cultural, el primer plano lo ocupa el sistema de Scheler. Si tiene una fundamentación histórica, no pueden descuidarse las interesantes generalizaciones de Hans Freyer.

Pero si es todo eso al mismo tiempo, en admirable síntesis, ahí está como ejemplo, la obra inconclusa, pero arquitectónicamente estructurada, de Max Weber. Su mérito, indudablemente, no está en querer conciliar todos esos puntos de vista, sino en el modo de realización, al crear nociones originales, que permiten contar con nuevas aportaciones, en especial en el campo poco atrayente, de la metodología sociológica.

Todo el edificio de su pensamiento teórico y general, se asienta sobre dos pilares, que merecen consideraciones especiales. Son el método de la comprensión, y la creación del tipo ideal, que permiten explicar la estructura social en su conjunto.

Max Weber fue un economista y sociólogo alemán contemporáneo, nacido el 21 de abril de 1864, cuya figura se va agrandando a medida que el tiempo transcurre. Se inició como profesor en Berlín, pasó más tarde a Friburgo en la cátedra de Economía y culminó su carrera universitaria en Heidelberg y Munich. Se retiró a tiempo de la enseñanza técnica, para poder intensificar sus estudios, desviando sus aficiones económicas al campo sociológico. Sus obras marcan esta evolución. Se inicia con trabajos económicos, siendo el más importante: "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", y termina con sociología, donde ocupa el primer lugar su libro: *Economía y Sociedad*, publicado en 1922, después de su muerte, ocurrida el 14 de junio de 1920.

Max Weber militó en el socialismo de cátedra. En el campo político fue dirigente de la tendencia liberal-demócrata. En el aspecto sociológico, es el mejor representante de la sociología histórico-cultural o espiritualista.

La herencia intelectual que Weber recibió proviene de la corriente, cuyas tres grandes etapas se llaman Dilthey, Windelband y Rickert.

Su punto de partida es la posición de estos pensadores, que le permite considerar a la sociología como perteneciente al tipo de las ciencias espiritualistas, como distintas de las ciencias de la naturaleza, fundamentalmente. La diferencia proviene de que los hechos que son objeto de las ciencias naturales o cosmológicas existen exteriormente y los conocemos por medio de los sentidos. En cambio, los fenómenos del espíritu, y por supuesto los sociales, viven en nosotros mismos como actos de conciencia, y son inteligibles interiormente, a tal punto que podemos rehacerlos en nosotros mismos. En consecuencia, son también diferentes los procedimientos lógicos cognoscitivos. “Explicamos causalmente la naturaleza; comprendemos la cultura, entendiendo su sentido”. El fin de las ciencias exactas, decía Karl Mannheim, es explicar los hechos. El objeto de las ciencias humanísticas es la mente humana, porque estudian las cosas no como ellas son, sino por lo que entendemos que representan, por lo que significan espiritualmente. Son “disciplinas de comprensión interior”.¹

Dilthey decía que las ciencias del espíritu tienen una base distinta de las ciencias naturales. Su objeto se compone de unidades que nos son dadas y no simplemente inferidas, que podemos comprender por su interior; las sabemos, las comprendemos primero, para ir las conociendo luego poco a poco. La naturaleza es muda para nosotros, siempre nos es externa; la sociedad es nuestro mundo, que convivimos con los demás. Por eso el método de las ciencias naturales es un simple concebir los objetos, mientras que el de las disciplinas espirituales es un auténtico vivir, un verdadero entender.²

Esta oposición desemboca en Windelband, adalid de la escuela de Baden, en la división de las ciencias en nomotéticas e ideográficas, particulares o bien que persiguen la forma de lo particular. Estas últimas son las ciencias históricas, en el sentido más amplio de la palabra, que no quieren limitarse a confeccionar “trajes hechos” que les vengan bien a Pedro y a Pablo, como dice con justeza Rickert, sino que pretenden exponer la realidad en su individualidad.

Sírvanos como ejemplo la comparación que establece el mismo Rickert, en *Ciencia Cultural y Ciencia Natural*, entre la famosa exposición que hizo von Baer del desenvolvimiento del pollo en el huevo y la que hizo Ranke de los Papas romanos en los siglos XVI y XVII. En el primer caso, una multitud de objetos, en número incalculable, queda reducida a un sistema de conceptos universales, que se proponen valer para un ejemplar cualquiera

¹ “La sociología alemana” (1918-1933). *Tierra Firme*. Revista Trimestral (Madrid). 1935. Número 1.

² *Introducción a las ciencias del espíritu*. Fondo de Cultura Económica. México. Capítulo IX.

de esa multitud y exponer lo que siempre se repite de nuevo. En cambio, en el segundo caso, tenemos una serie de realidades, una serie singular determinada, concebida de tal suerte, que la particularidad e individualidad de cada cosa recibe una expresión y que la exposición acoge y manifiesta aquello que no ha existido nunca antes.

Tomando como punto de partida esta posición, Max Weber define la sociología como la ciencia “que se propone comprender interpretativamente la acción social, y por ese medio, explicarla causalmente en su desarrollo y en sus efectos”; es decir, es una disciplina de comprensión interior, en primer término. La sociología, dice Weber, “quiere comprender el sentido de los actos sociales y explicar también las causas de su desenvolvimiento y de sus resultados”, De estas nociones se desprende que esta ciencia se propone, ante todo, comprender, y luego, complementariamente, explicar la acción social.

Lo interesante de la realidad colectiva no es tanto “las conexiones causales que poseen en sí un sentido explícito”, sino lo intencional, el significado y el valor del acontecer social. El elemento típico de la sociología como ciencia del “conocimiento de la realidad cultural”, no es, pues, la explicación, propia de las ciencias de la naturaleza, sino la comprensión. Solamente mediante ella se puede alcanzar el elemento originario, lo verdaderamente social, que es “el sentido y el significado espiritual del hecho colectivo”.

Así pues, la sociología tiene por principal objeto, interpretar y entender el obrar social, mediante un “revivirlo internamente”, por obra de una “intuición simpática” como lo llama Ginsberg, que nos permite llegar al sujeto que tenemos delante y penetrar en él. Pero con esto no agota su objeto, sino que es preciso también explicar causalmente el proceso social y sus efectos. La ciencia natural, aunque quizás más exacta, no pretende trasponer los límites del conocimiento exterior. Los datos estadísticos referentes, por ejemplo, a la frecuencia de suicidios en las diversas estaciones del año, pueden, en el mejor de los casos, indicar correlaciones interesantes entre acontecimientos objetivos. Con la ayuda de estadísticas podemos explicar los hechos con los que se relacionan. Esa es la función de la sociología científica sistemática, que tampoco pretende más. Pero si deseamos obtener y comprender los motivos internos que conducen a tales suicidios, es forzoso recurrir a la “sociología de la comprensión”, como llama Max Weber a su propio sistema.

Este doble objeto atribuido a la sociología ha dado a Weber un lugar de preminencia, a tal punto que Aron lo coloca en el vértice de unión de las dos corrientes fundamentales: la sociología sistemática y la sociología histórica. En el mismo sentido se pronuncia Hans Freyer, para quien la doctrina weberiana, juntamente con la de Tönnies, realiza ampliamente sus

exigencias lógicas, porque cumple el requisito de la historicidad de las nociones sociológicas, que deben estar saturadas históricamente.

*

Hasta ahora la solución teórica ha resultado más o menos fácil e ingeniosa, pero el problema se complica cuando se piensa en la necesidad de un método adecuado a esta sociología comprensiva. Para los factores externos, mecánicos, no intencionales, no hay dificultad, y bastan los procedimientos empíricos clásicos. Pero para la investigación del aspecto característico de la "acción social", que es "el sentido mentado por un sujeto y referido a la conducta del otro", es preciso un procedimiento particular, que Weber ha creado con el nombre de tipo-ideal.

El tipo ideal difícilmente se puede definir, pues es como un concepto de carácter genérico, común a todas las nociones que utilizan las ciencias de la cultura. Se funda sobre las condiciones mismas de la comprensión, porque los estados de conciencia que ésta conoce no son únicos e incompatibles, sino que, por el contrario, se vuelven típicos, homogéneos, susceptibles de reproducción. El interés del sociólogo está, no en lo que en el individuo es real y concreto, sino en lo que es típico y regular en su desenvolvimiento.

Sin embargo, el tipo ideal no es la simple reunión de cualidades comunes a una multiplicidad de objetos, sino la conjunción de algunas notas o cualidades elegidas a voluntad, que han sido estilizadas, purificadas y llevadas a un alto grado de claridad y precisión. Es una imagen mental, general y concreta, de carácter utópico, que no se confunde con lo real, y que es el sustituto positivo del concepto de esencia. Bien ha dicho el profesor Orgaz, en su estudio citado, que no son descripciones de la realidad, ni conceptos generales, ni tipos medios de fenómenos, sino funciones lógicas, deliberadamente parciales y dotadas de cierto grado de probabilidad.

El tipo ideal facilita la tarea de medir y comparar los fenómenos concretos, porque es como un patrón teórico, desprendido de la realidad. No necesita de la experiencia total, sino que bastan algunos casos típicos, formados por la determinación de la conducta mediante ciertos valores.

Cuando yo evoco, por ejemplo, el recuerdo de un amigo ausente, no sólo pienso como un individuo concreto, sino también como un amigotipo, del que puedo esperar determinadas clases de acciones y de actitudes. Lo mismo sucede con el comprador, el avaro, el *Homo economicus*, que son tipos ideales de una cierta forma de conducta.

En "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", Wax Weber dice que, al estudiar "la vida del jefe de una empresa de trabajo doméstico", con el objeto de mostrar "a grandes rasgos cómo transcurre", el cuadro que

traza a continuación es un ejemplo de su método de reducir la realidad a "tipos ideales"; así hemos multiplicado las circunstancias de las distintas ramas de la industria doméstica en los distintos lugares, siendo indiferente para el fin ilustrativo que perseguimos, el que en ninguno de los ejemplos en que hemos pensado se haya reflejado con toda exactitud el proceso, de la manera que lo hemos descrito.

El tipo ideal es, pues, la abstracción de ciertas cualidades, que existen en la inmensa multiplicidad de las relaciones inhumanas. Se logra mediante la exageración unilateral de algunas notas características, que aparecen frecuentemente, formando una especie de construcción conceptual de la relación observada, tal como se desarrollaría en sus máximas condiciones de pureza, si no hubiera perturbaciones en la realidad.

Se trata, pues, de una idea que se realiza en las formas históricas concretas, con mayor o menor perfección; con su ayuda se puede determinar "hasta qué grado la realidad histórica se aproxima al ideal". Así, por ejemplo, no aparece nunca la dominación carismática en toda su pureza, o sea la resultante de la influencia del nimbo que envuelve a una personalidad, como tampoco existe una perfecta economía tradicional o el capitalismo puro. La peculiaridad histórica se reconoce por el grado de acercamiento al tipo-ideal.

El tipo ideal es un método peculiar de aprehensión de los fenómenos reales, como instrumento específico de la sociología, que se forma "por compilación de una serie de casos dispares y empíricos". Tiene el carácter concreto del hecho real, pero al mismo tiempo posee suficiente generalidad.

El sociólogo naturalista crea conceptos generales que aplica a los fenómenos sociales, los que deben ajustarse a ellos sin excepción. En cambio, la sociología, según Weber, no puede fundarse en esas generalizaciones, sino que necesita tener en cuenta los hechos concretos, parciales, que no son abstractos sino condicionados históricamente. Es una ciencia de naturaleza no formal, sino manifiestamente histórica, no sólo porque los hechos sociales son siempre de carácter histórico, sino también porque no puede abandonar esa situación, sin desvirtuar su propia esencia. Su objetivo se consigue mediante la existencia del tipo ideal, que no prescinde de la ubicación de los acontecimientos colectivos dentro del tiempo, con un mínimo de saturación histórica.

La sociología que estudia la realidad social en su movimiento concreto, debe aprehender el hecho histórico en todos sus aspectos. El tipo ideal contempla perfectamente esta situación, pero al mismo tiempo, conserva el carácter generalizante de la sociología. Por estos motivos, el sistema de Weber que pretende estudiar hechos concretos y no abstractos, ha sido de-

signado sociología concreta, o como lo llama Hans Freyer, ciencia de la realidad.³

El problema inmediato que se plantea es saber cómo se lleva a la práctica la aplicación del tipo ideal; es decir, cuáles son los procedimientos metodológicos adecuados que permiten usar aquel instrumento heurístico.

El punto de partida de Weber es el principio de que hay una relación unilateral entre los fenómenos sociales; es decir, que no es posible establecer la existencia de uno que sea exclusivamente causa de otro, que viene a ser su efecto. Por este motivo resulta falsa la interpretación contraria, como la del materialismo histórico por ejemplo, que pretende establecer una relación de causa a efecto entre el fenómeno económico por una parte, y los demás acontecimientos sociales.

Su tesis positiva consiste en afirmar, por el contrario, la existencia de una mutua determinación, de una interdependencia constante entre todos los hechos colectivos, entre los que hay acciones y reacciones mutuas, que forman una complicada malla de influencias recíprocas.

Todo el problema consiste en saber cuáles son esas influencias, y cómo actúa cada fenómeno sobre los demás. Para conseguirlo debe tomarse uno de esos factores sociales como "variable" y descubrir sus efectos sobre algún otro o sobre los otros, que vienen a tener el rol de "función".

*

Este es el edificio teórico de la metodología sociológica de Max Weber, que es preciso aplicar en la vida real para probar su eficacia, porque con el "método sucede lo mismo que con un cuchillo, según la frase de Dilthey; es preciso probar si corta". Así lo ha hecho el idealista de Heidelberg, y aplicando su artificio metodológico, con un criterio inverso al materialismo histórico, ha tomado el factor religioso como variable para estudiar su influencia sobre el fenómeno económico.

La actividad económica que Weber conocía tan bien por haberle dedicado su atención casi toda su vida, es un hecho de cultura y un fruto espiritual del hombre, sobre la que tiene gran influencia las propias ideas personales. Todo sistema económico supone una actividad determinada de la sociedad que lo aplica. Tiene por base no sólo la satisfacción de las necesidades, sino también el deseo de provecho y la voluntad de riqueza. Al lado de estos elementos constantes, existen otros de naturaleza variable, que deben existir porque las organizaciones económicas son tan diferentes, según lo acredita la propia vida histórica. Estos factores variables, numerosos están en el hombre mismo, siendo el más importante, la religión.

Con este motivo, estudia Weber prolijamente el fenómeno religioso. En-

³ *La sociología, ciencia de la realidad*. Losada. Buenos Aires, p. 242.

cuentra como correlativo y medio práctico de la moral religiosa, una “ética económica religiosa”, que está compuesta por las “formas prácticas de conducta”. Actúa sobre los hombres, y condiciona, en gran parte, la organización económica.

Distingue seis principales religiones, a saber: el confucianismo, el hinduismo, el budismo, el cristianismo, el islamismo y el judaísmo. Estudia la ética económica de todas ellas, y demuestra la correlación existente entre la ética religiosa y los fenómenos de cada uno de los pueblos que practicaban aquellas religiones.

Se detiene particularmente en el análisis del régimen capitalista moderno, fenómeno reciente y específico, y descubre cuáles son sus caracteres psicológicos fundamentales. Su síntesis es el pensamiento que exige que en la vida todo esté subordinado al éxito, que tiene como ejemplo típico a Benjamín Franklin y como fórmula su “time is money”.

Existen fuerzas determinantes que han producido el ambiente espiritual propio para el nacimiento del capitalismo moderno. Weber sostiene que provienen de la religión protestante, debiendo mencionarse en especial a su ética económica y sus reglas de conducta, en contra de lo afirmado por Werner Sombart que atribuye tal papel a la técnica económica judía. Antes de su aparición, dice Sorokin, comentando el sistema de Weber, el capitalismo había sido presentado, cultivado y preparado en el dominio de la religión protestante. Adquirió su pleno desarrollo, “en estrecha relación protestante. Adquirió su pleno desarrollo, “en estrecha relación con la doctrina calvinista de la predestinación”, ya que el éxito en la vida económica ha de interpretarse como un signo de elección divina”.

Es el ejemplo más claro de cómo una organización económica está precedida y condicionada por el factor religioso, trayendo en su apoyo numerosas pruebas de carácter histórico, con lo que Weber cree haber demostrado que “su cuchillo efectivamente corta”.

Actualmente el protestantismo está en decadencia, lo que significa que el capitalismo que en él tiene sus bases está próximo a modificarse fundamentalmente. Al cambiar las creencias, cambiará el régimen político.

Hace así Weber un brillante ensayo de sociología religiosa, como también de sociología política, preocupándose, en especial, de las relaciones de la Iglesia y del Estado, que han sufrido tantas modificaciones a través de la historia.

En el campo político, realiza una nueva aplicación de su concepción del tipo ideal, al hacer enumeración de las diferentes formas de dominación, que son de tres clases: dominación de base racional, cuyo origen está en la creencia de la legalidad de los jefes designados; tradicional que se funda en la creencia de la santidad de aquellos que las tradiciones llaman a go-

bernar; y por último, dominación carismática, basada en la devoción o fanatismo a una persona, que se considera un santo o un héroe.

Trata, por fin, Max Weber de la sociología del derecho, que se caracteriza por la racionalización del derecho moderno, como consecuencia de la oposición fundamental, que precisa Aron, entre la justicia material que, directamente aplicada al caso particular, es conforme al sentimiento de justicia, y la legalidad formal, que juzga según normas.

No es posible hacer una exposición completa del sistema de Weber, que es difícil someter a un orden que su propio autor no tenía. Nuestro propósito ha sido darnos cuenta de su ensayo metodológico aplicado al campo de la sociología.

*

La teoría de Weber ha merecido algunas críticas, que más que al sistema, se refieren a las conclusiones. Sorokin dice que en la demostración pierde de vista su punto de partida funcional y se vuelve causalista; que en cuanto a su contenido, la noción de ética económica es confusa, porque está formada por una serie de factores; y por último, que los hechos contradicen casi toda su teoría.

Se ha criticado asimismo, no sólo la relación del capitalismo con el protestantismo, aduciéndose que la doctrina de los católicos no difiere sustancialmente de la de los protestantes, como sostiene Robertson, sino también que ambos fenómenos, economía y religión, no son más que consecuencia de una misma actitud ante la vida, y que ambos dependen de la concepción que predomina en un estado histórico, según afirma el mexicano René Barragán, en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Desde el punto de vista estrictamente sociológico, Sauer ha criticado severamente la obra de Max Weber, objetando entre otras cosas, que sus tipos ideales son productos híbridos de la imaginación, generales e individuales simultáneamente, empíricos y contruidos, concretos y pobres de contenido.

Con un criterio francamente opuesto, esta misma noción de tipo ideal, ha merecido justos elogios por parte de Freyer, porque tiene en cuenta "la realidad en su movimiento concreto, aprehendiendo en su totalidad el hecho histórico". Por eso, su teoría, es la más grande entre las doctrinas académicas modernas, y hace de este sistema, de enorme riqueza, el más importante de la sociología alemana.

Por nuestra parte, nos parece que su doctrina, aunque no rigurosamente metódica ni orgánica, representa la mejor expresión de la sociología como ciencia del tipo cultural o espiritualista, Sólo tiene en cuenta la materia de la vida social, como reacción exagerada, contra el formalismo, vacío de contenido, de la escuela que iniciara Jorge Simmel. Es la sociología de la

comprensión, cuyos principios fundamentales son reconocidos hoy casi unánimemente, en Alemania, y de gran influencia en la sociología norteamericana.

Weber, sin embargo, ha querido atenuar en parte las exageraciones extremas, sosteniendo igualmente la necesidad de explicar la vida social por sus causas, como lo hace la corriente naturalista, de ascendencia rigurosamente francesa.

Pero, la parte que más conviene destacar, es su aporte al problema metodológico (en general tan descuidado por los investigadores) al que trae indudablemente una contribución original. En primer lugar, la existencia de un procedimiento perfectamente adecuado al objeto de la investigación, caracterizado por su inestabilidad cambiante: el método de la variable y de la función, que es una derivación, bien perfilada, del procedimiento de las variaciones concomitantes de John Stuart Mill. Supone una correlación funcional entre los fenómenos sociales, que tienen en sí la noción de probabilidad o "chance" de que los hombres se comporten de cierto modo en determinada situación.

Por último, en su noción de tipo ideal, seguramente el aspecto de mayor trascendencia de todo su pensamiento, se concilia sabiamente el carácter histórico-concreto del hecho real, con la naturaleza abstracta y generalizante de la investigación sociológica. El tipo ideal consolida, al mismo tiempo, la existencia de sociologías especiales, que aparecen dotadas del carácter de la objetividad.

Tales son los elementos metodológicos de importancia, que precisan con contornos propios, este sistema de Max Weber, el que, aunque con "cierto carácter fragmentario e hipotético", como ha dicho Orgaz, es seguramente y sin lugar a dudas, la sistematización de mayor prestigio intelectual en la sociología alemana de estos últimos tiempos.